

¿Presientes una felicidad?

Carta 2001

Traducida a 58 idiomas (de los cuales 23 son de Asia y 7 de África), esta carta ha sido escrita por el hermano Roger de Taizé, y ha sido publicada con ocasión del Encuentro de Barcelona. Será retomada y meditada durante el año 2001 en los encuentros que tendrán lugar en Taizé, semana tras semana, y en otros lugares del mundo.

Si pudiéramos darnos cuenta de que una vida feliz es posible, incluso en las horas de oscuridad... ¹

Lo que hace feliz una existencia es avanzar hacia la sencillez: la sencillez de nuestro corazón, y la de nuestra vida. ²

Para que una vida sea hermosa, no es indispensable tener capacidades extraordinarias o grandes facilidades. Hay una felicidad en el humilde don de la persona. Cuando la sencillez está íntimamente asociada a la bondad del corazón, ³ incluso personas sin recursos pueden crear un espacio de esperanza en su entorno.

¡Sí, Dios nos quiere felices! ⁴ Pero jamás nos invita a permanecer pasivos, nunca a estar indiferentes ante el sufrimiento de los otros. ⁵ Todo lo contrario: Dios nos propone ser creadores, y llegar a crear incluso en los momentos de prueba. Nuestra vida no está sometida al azar de una fatalidad o de un destino. ¡Lejos de eso! Nuestra vida adquiere sentido cuando es, ante todo, respuesta viva a una llamada de Dios. ¿Pero cómo reconocer esta llamada y descubrir lo que Él espera de nosotros? Dios espera que seamos un reflejo de su presencia, portadores de una esperanza de Evangelio. ⁶ Quien responde a una llamada semejante no ignora sus propias debilidades, pero también guarda en su corazón estas palabras de Cristo: «¡No temas, cree sencillamente!» ⁷

Hay quienes perciben, aunque al principio débilmente, que la llamada de Dios es para ellos una vocación para toda la existencia. ⁸ El Espíritu Santo tiene la fuerza de sostener un sí para toda la vida. ¿No ha depositado Él ya en nosotros un deseo de eternidad y de infinito? En Él, a cada edad, es posible reencontrar un impulso, y decirnos: «¡Ten un corazón decidido, ⁹ y prosigue tu camino!» Y de esta manera, por su misteriosa presencia, el Espíritu Santo suscita un cambio en nuestros corazones, rápido para unos, imperceptible para otros. Lo oscuro, e incluso inquietante, llega a esclarecerse. Hasta el final de nuestros días, la confianza de un sí puede aportar tanta claridad. Llamados a hacer don de nuestra persona, no hemos sido hechos para semejante don. Cristo comprende lo que nos obstaculiza interiormente. Al superarlo, le damos una prueba de nuestro amor.

Atentos a la llamada de Dios, comprendemos que el Evangelio nos invita a asumir responsabilidades para aliviar los sufrimientos humanos. ¹⁰ La mirada de los inocentes, la de tantos pobres a través de la tierra, nos cuestiona: ¿Cómo compartir una esperanza con quienes no la tienen? Y la palabra de Cristo en el Evangelio aporta una respuesta clara: «Lo que hicisteis por los más humildes, a mí me lo hicisteis». ¹¹ Dios no puede sino dar su amor, el sufrimiento nunca viene de Él. Dios no es el autor del mal, Él no quiere ni la angustia humana, ni las guerras, ¹² ni los desastres naturales, ni la violencia de los accidentes. Él comparte el dolor de quienes atraviesan la prueba y nos hace capaces de consolar a los que conocen el sufrimiento.

Dios nos quiere felices: ¿pero dónde está la fuente de esta esperanza? Está en una comunión con Dios, que vive en el centro del alma de cada persona. ¹³ ¿Podemos comprenderlo? Nos cautivará el misterio de una comunión con Dios. Este misterio atañe lo que hay de único y más profundo del ser. ¹⁴ Dios es Espíritu ¹⁵ y su presencia permanece invisible. Vive siempre en nosotros: tanto en los momentos de oscuridad como en los de plena claridad. ¹⁶ ¿Y si existen en nosotros abismos de lo desconocido, y también pozos de culpabilidad que

vienen de no se sabe dónde? Dios no amenaza a nadie ¹⁷ y el perdón con el que inunda nuestras vidas viene a curar nuestra alma. ¿Cómo podría un Dios de amor imponerse con amenazas? ¿Será Dios un tirano? Si las dudas nos asaltan a veces, son sólo agujeros de incredulidad, nada más. El dominio de nuestros pensamientos puede ayudar a sostenernos en medio de los avatares de nuestra existencia. ¹⁸

¿Y si surge la impresión de un alejamiento entre Dios y yo, como si la mirada interior se apagara imperceptiblemente? Recordemos que Dios jamás retira su presencia. ¹⁹ El Espíritu Santo no se separa jamás de nuestra alma: incluso en la muerte, la comunión con Dios permanece. Saber que Dios nos acoge por siempre en su amor se convierte en fuente de una confianza apacible. ²⁰ Nuestra oración es una realidad sencilla. ¿Y si es un pobre suspiro? Dios nos sabe escuchar. Y no olvidemos nunca que, en el corazón de cada persona, es el Espíritu Santo quien ora. ²¹ Mantenernos en silencio en presencia de Dios es ya una disposición interior abierta a la contemplación. ²²

Al entrar en el tercer milenio, ¿nos damos cuenta suficientemente de que, hace dos mil años, Cristo vino a la tierra no para crear una nueva religión, sino para ofrecer a toda la humanidad una comunión en Dios? ²³ El segundo milenio ha sido el tiempo en que muchos cristianos se han separado unos de otros. ¿Nos comprometeremos desde ahora, sin tardanza, desde el comienzo del tercer milenio, a hacer todo lo necesario para vivir en comunión ²⁴ y construir la paz en el mundo? Cuando los cristianos se mantienen en una gran sencillez y con una infinita bondad de corazón, cuando están atentos a descubrir la belleza profunda del alma humana, son llevados a estar en comunión unos con otros en Cristo y a convertirse en buscadores de paz por toda la tierra. ²⁵ ¿Nos damos cuenta de que «todo bautizado que se dispone interiormente a confiar en el Misterio de la Fe está en la comunión de Cristo»? ²⁶ Estar en comunión unos con otros supone amar y ser amados, perdonar y ser perdonados. Cuando esta comunión que es la Iglesia se vuelve diáfana porque busca amar y perdonar, deja traslucir las realidades del Evangelio con un frescor de primavera. ²⁷ ¿Entraremos pronto en una primavera de la Iglesia? Cristo nos llama a nosotros, pobres del Evangelio, a vivir la esperanza de una comunión y de una paz, y que irradian en nuestro entorno. Incluso el más sencillo puede llegar a hacerlo. ¿Presientes una felicidad? ¡Sí, Dios nos quiere felices! ... Y hay una felicidad en el humilde don de uno mismo.

1 Entre las primeras palabras de Cristo sobre la tierra, encontramos éstas: “Felices los de corazón sencillo... felices los que lloran, serán consolados... felices los misericordiosos, alcanzarán misericordia...” (ver Mateo 5,1-12.) Ver también Deuteronomio 4,40.

2 Existen también otras realidades del Evangelio que hacen feliz la existencia humana. Entre ellas, la confianza, la paz de las profundidades...

3 Simplificar nunca significa optar por un rigor sin bondad y lleno de juicios. El espíritu de sencillez se trasluce en la bondad del corazón. Con nuestros hermanos, aquellos que están en Taizé o los que, en otros continentes, viven entre los más pobres, tenemos conciencia de estar llamados a una gran sencillez de vida. Hemos descubierto que, con medios a menudo muy limitados, podemos vivir una hospitalidad de la que no nos creíamos capaces.

4 El escritor ortodoxo Dostoievski escribe: «Sé que los hombres pueden ser felices sin perder la facultad de vivir en la tierra. No quiero ni puedo creer que el mal sea la condición normal de los hombres». (Diario de un escritor.)

5 El filósofo Paul Ricoeur, de confesión reformada, escribe: «No tengo nada que responder a aquellos y aquellas que dicen: ‘Hay demasiado mal en el mundo para que pueda creer en Dios.’ Dios no quiere nuestro sufrimiento. De todopoderoso, Dios se hace «todo-amoroso». El único poder de Dios es el amor desarmado. Dios no tiene otro poder que el de amar y el de dirigirnos una palabra de aliento cuando sufrimos. Nuestra dificultad es ser capaces de escucharlo».

6 Es posible descubrir a Dios de manera particular a través de la vida de los que, a menudo sin saberlo, son un reflejo de Dios entre los humanos.

7 Marcos 5,36

8 Algunos han presentado ya esta llamada en su infancia.

9 Eclesiástico 2,2.

10 En un mundo en rápida evolución, la ciencia y la investigación hacen notables descubrimientos, entre otras cosas para aliviar los sufrimientos, para venir en ayuda de los más necesitados. Y las nuevas tecnologías se vuelven más indispensables que nunca. Existen posibilidades, a veces inesperadas, de compartir con los pobres y los excluidos, en la perspectiva de una economía más solidaria. Numerosas ONGs (Organizaciones No Gubernamentales) juegan un papel positivo en este sentido. Otra iniciativa sostiene la esperanza en un país de Asia, Bangladesh. Un organismo ha sido creado para prestar pequeñas cantidades de dinero a los desheredados. Un préstamo mínimo les permite emprender un proyecto de trabajo y ellos lo reembolsan en pequeñas cantidades cada semana. Sobre este modelo, se han realizado programas en muchos países, para ayudar a los que no tendrían ninguna posibilidad de recibir un préstamo de los bancos tradicionales (por ejemplo, en ciertos países occidentales, los desempleados).

11 Mateo 25,40

12 Jean-Claude Mallet, experto en relaciones internacionales, escribe: «La paz está siempre por construir. Nunca se consigue de una vez por todas. Al final del siglo XX, el siglo de las guerras mundiales y de los genocidios, debemos todavía enumerar, desgraciadamente, treinta y cinco conflictos armados, internacionales o internos, según el cómputo de Naciones Unidas. ¿Acaso podemos eludir la reflexión sobre los medios para poner fin a la violencia armada? Nada parece más urgente, en el comienzo del tercer milenio, porque la guerra devora enormes recursos (económicos, materiales y humanos) que son sustraídos del esfuerzo del desarrollo, y porque la guerra rompe la unidad del hombre, entre los pueblos y en cada persona. Todos pueden contribuir a construir la paz, no como la da el mundo (Juan 14,27), una victoria sobre el otro, como una conquista, sino una victoria sobre sí mismo, que permite que nazca la reconciliación. En la incansable búsqueda de la paz, reconciliación interior y reconciliación pública se dan la mano. Todo odio me separa de mí mismo y de los otros. Trabajar por la reconciliación de los pueblos significa también conducir a cada uno a romper el círculo en el cual tiende a encerrarse, ayudar a salir de sí mismo para ir al encuentro del otro: la paz concierne al campo de la libertad y del amor».

13 «Cristo está unido a todo ser humano sin excepción, incluso si él no es consciente de ello.» Estas palabras tan claras, escritas por el papa Juan Pablo II, nos abren a una nueva comprensión de la fe sobre la tierra. La confianza en Dios se vuelve una realidad más accesible.

14 Hace un año, durante una de las oraciones del encuentro europeo de jóvenes en Varsovia, el arzobispo de Varsovia nos decía: «No estáis comprometidos con un ecumenismo que sólo consista en un acercamiento de las confesiones cristianas divididas. Vais a fondo, queréis mostrar la plenitud de Dios que lleva a la plenitud del hombre. En efecto, es sobre todo el hombre quien está roto. Hoy, el problema fundamental no consiste solamente en las divisiones entre los cristianos. Se trata ante todo de contribuir a unificar el hombre en el interior de sí mismo».

15 «Dios es Espíritu» (Juan 4,24) y «el Espíritu de Dios llena todo el universo» (Sabiduría 1,7).

16 En el mismo inicio de la Iglesia, Pablo, el apóstol, descubría ya esta vida de comunión, y escribía: «Ya no soy yo quien vive, sino Cristo quien vive en mí» (Gálatas 2,20). Incluso un niño puede entrar en esta realidad contemplativa.

17 1 Pedro 2,23-24

18 La paz comienza en nosotros mismos. Ya en el siglo IV, san Ambrosio de Milán escribía: «Comenzad en vosotros la obra de la paz, de modo que una vez pacificados vosotros mismos, llevéis la paz a los demás».

19 El teólogo ortodoxo Olivier Clément escribe: «Dios que es amor sin límites no es un Dios lejano, en una eternidad suspendida sobre nosotros. Es un Dios infinitamente cercano, que es más interior que nosotros mismos. De suerte que, por profunda que sea nuestra desesperación, Dios está allí, más profundo todavía, interponiéndose entre nosotros y la nada». (Taizé, un sentido a la vida)

20 Las técnicas médicas actuales consiguen cada vez más pacificar el proceso mismo de la muerte, y aliviar los sufrimientos.

21 Romanos 8,26

22 En todo momento, podemos orar de modo muy simple. Algunas palabras dichas lentamente o cantadas, cinco veces, diez veces, desde el fondo de nuestro corazón, pueden sostener nuestro deseo de una comunión con Dios. Así estas breves oraciones: «Una sed llena mi alma, abandonar todo en ti, Cristo. » – «Tú que nos amas, tu perdón y tu presencia hacen nacer en nosotros la claridad de la confianza. » – «Jesucristo, luz interior, no dejes que me hablen mis tinieblas, concédeme acoger tu amor. » – «En todo la paz del corazón, la alegría, la sencillez, la misericordia».

23 Un día, cuando me encontraba junto a mis hermanos en Bangladesh, donde ellos comparten la vida con los más pobres, fuimos invitados a un encuentro de oración con los musulmanes del barrio de chabolas donde vivíamos. Querían expresar su gratitud por nuestra presencia en aquel lugar y por el taller de costura que habíamos organizado. Uno de los musulmanes, acompañándome a la caída de la noche, me dijo: «Todos los seres humanos tienen el mismo Maestro. Es un secreto que no ha sido aún revelado. Pero más tarde lo descubriremos».

24 Cuando visitó Taizé en 1986, el Papa Juan Pablo II sugería un camino de comunión al decir a nuestra comunidad: «... Queriendo ser vosotros mismos una «parábola de comunidad» ayudaréis a todos los que encontréis a ser fieles a su pertenencia eclesial que es fruto de su educación y de su elección en conciencia, pero también a entrar cada vez más profundamente en el misterio de comunión que es la Iglesia en el plan de Dios».

25 Más que nunca surge una pregunta: ¿Sabrán los cristianos de Occidente y los de Oriente descubrir una profunda confianza los unos en los otros? Muchos cristianos de Occidente aman a sus hermanos y hermanas de Oriente en parte por todas las pruebas que han atravesado y también porque hay en ellos dones de comunión tan transparentes. En 1962, un obispo ortodoxo, el metropolitano Nikodim, de San Petersburgo, vino a Taizé. Se interrogaba sobre el futuro de los cristianos tanto en Occidente como en Oriente. Llevaba consigo la esperanza de una comunión y hacía comprender que el secreto del alma ortodoxa estaba sobre todo en una oración abierta a la contemplación. ¡Han habido tantos ortodoxos que han sabido amar en medio de sus pruebas! La bondad de su corazón es para muchos de ellos una realidad vital. Son testigos vivos de una confianza en el Espíritu Santo. Por su atención especial a la resurrección, nos fortalecen en lo esencial de la fe. Hoy en Taizé, procuramos estar muy atentos a los jóvenes de Rusia, de Bielorrusia, de Ucrania, de Rumanía, de Serbia, de Bulgaria.

26 Padre Stanislas Lyonnet.

27 «El Evangelio no ha cambiado, somos nosotros que empezamos a entenderlo mejor». Estas palabras fueron pronunciadas por el papa Juan XXIII en vísperas de su muerte. Un día había dicho también: «En la situación actual de la sociedad, los profetas de desgracias no ven sino ruinas y calamidades; dicen que nuestra época ha empeorado profundamente, como si en otros tiempos todo hubiera sido perfecto; anuncian catástrofes, como si el mundo estuviera cercano a su fin». La última vez que nos encontramos con Juan XXIII estaba con mis hermanos Max y Alain. El papa ya estaba enfermo. Al vernos afectados por su próxima muerte, expresó su confianza en el futuro de nuestra comunidad. En otro momento de esta conversación, Juan XXIII nos explicó cómo tomaba a veces sus decisiones rezando: «Hablo con Dios», dijo. Hizo un silencio, luego añadió: «¡Oh! Muy humildemente, ¡oh! Muy sencillamente».